

10216

AVELINO C. BENA

Miembro de la Sociedad de Hombres de Letras del Uruguay

O R I B E



**Héroe de la Independencia Nacional
y obstinado e irreductible luchador contra las intervenciones
extranjeras en el Río de la Plata.**

Talleres Gráficos de A. MONTEVERDE & Cía.
Treinta y Tres 1475
Montevideo
1944

Al Sr. Dr. Ricardo Levene, con la mas alta consideracion y estima.

ÁVELINO C. BRENA

Ávelino C. Brena

Mont., febr. 10 / 45

1145 E07

O R I B E

Héroe de la Independencia Nacional
y obstinado e irreductible luchador contra las intervenciones
extranjeras en el Río de la Plata.

BIBLIOTECA
DR. RICARDO LEVENE

10216

Talleres Gráficos de A. MONTEVERDE & Cía.
Treinta y Tres 1475
Montevideo
1944

MUSEO, ARCHIVO Y
BIBLIOTECA
Dr. RICARDO LEVENE
MINISTERIO DE EDUCACION

Carta del Sr. AVELINO C. BRENA

al Sr. JULIO CESAR VIGNALE

Montevideo, junio 3 de 1942.

Sr. Dn. Julio César Vignale.

Montevideo.

Distinguido escritor y amigo:

Acabo de leer su libro "Oribe", del que ya tuve el placer de acusarle recibo. Las impresiones que entonces le prometí para cuando lo leyera, van en estas páginas. Desde ya le adelanto que su obra es una exposición magníficamente realizada: un libro que hará camino. El héroe de la independencia nacional, el obstinado e irreductible luchador contra las intervenciones en el Río de la Plata — en una época en que era frecuente oír hablar de ellas como solución política —, y el glorioso fundador del Partido Blanco surgido para enfrentar dos intervencionismos: uno argentino y otro francés, adquiere en las páginas de su magnífico alegato por la verdad histórica y contra la leyenda unitario-colorada, los perfiles que los pueblos en madurez asignan a sus grandes conductores. Oribe que en la Guerra Grande, según el informe del Conde Walewsky al gobierno francés, estaba apoyado por todo el pueblo oriental, vuelve hoy, después de más de medio siglo de proscrición, a concitar en torno a su extraordinaria personalidad de guerrero, de estadista y de patriota, el interés de los intelectuales y el apasionamiento de las multitudes. En vano durante esa larga media centuria se ha querido relegarlo a segundo término frente a Rivera; y en vano se vuelca tinta y se pierde tiempo escribiendo libros y periódicos para crearle a su antagonista el vencedor del Rincón — su acerbo enemigo —, una atmósfera de estadista y de patriota que está tan lejos de merecer como estuvo lejos de soñarlo siquiera. El traje intelectual de republicano, de demócrata y de estadista — ¡no digamos ya de caballero!, que a Oribe le venía de medida por su devoción pa-

triótica, su inteligencia, su educación, su ilustración y su cuna —, a Rivera siempre le quedaba grande. Le quedaba y sigue quedándole. No diré que Rivera no fuera un héroe en las batallas, a quien mucho le debe la patria, no obstante sus yerros y sus imperfecciones, pero no es lo que se quiere que sea. Su natural inteligencia, su sagacidad y decisión — que tanto valieron y tanto enaltecen la figura del vencedor del Rincón y del conquistador de Misiones —, no pudieron suplir nunca ni su sincrismo moral en lo político, ni su carencia de ilustración, ni su ausencia de escrúpulos, ni su falta de dominio intelectual. A Oribe, en cambio, le sobraba personalidad política, social, intelectual y moral. Y esto es, en el fondo, lo que en realidad no le perdonan sus enemigos frente a pequeños yerros de los que todos están llenos al máximun, y que sólo no cometen los que nada hacen. Pero lo absurdo de la posición de los detractores del uno y de los panegiristas del otro, es precisamente la subversión que los lleva a magnificar en Oribe lo que precisamente en Rivera ha sido llevado a lo infinito: la severidad en algunos casos, que si impulsó a Oribe más de una vez a aplicar con criterio inflexible las leyes de la disciplina y de la guerra, llevó a Rivera a saltar por sobre ellas para hacer más sentido y brutal el atentado.

Su libro, más que una obra histórica propiamente dicha, de las que agotan el tema revolviendo y utilizando todo lo que sobre él existe, y más que una biografía novelada o psicológica, es un trabajo polcmístico, un alegato, como Vd. lo califica, en el que desde las primeras páginas llaman la atención las efectivas dotes de expositor claro y de deductor lógico que a Vd. caracterizan. Le presta autoridad, además, el estudio detenido más que del ambiente del personaje, que Vd. ha hecho valiéndose de una pléyade de escritores uruguayos y argentinos — historiadores, sociólogos y biografistas —, que desde hace unos pocos años vienen investigando con indudable dedicación y resultado, ese ciclo histórico común a ambos países del Plata, en el que descuellan como principales figuras cumbres: Rosas en Argentina y Oribe en Uruguay. Ambos condenados por la novela seudohistórica argentina y por la calumnia seudohistórica uruguaya, ya comienzan a provocar la atención de los estudiosos de una y otra orilla; de los historiadores y de los biografistas. Oribe es el personaje sobre el que se está de vuelta en Uruguay como se está de vuelta con Rosas en Argentina. Ya Alberdi comenzó con Rosas la reivindicación cuando en polémica con los unitarios, pronosticó que Argentina concluiría por levantarle al Restaurador una estatua en la Plaza de Mayo; y esa reevaluación histórica la continuó Ibarguren. Del mismo modo Carlos Anaya y Guillermo Melián Lafinur comenzaron la de Oribe en nuestro país. Ibarguren fué seguido, entre otros, por Quesada, España, Amadeo, Gálvez, etc.; como Anaya por Lafinur, Carnelli, Aquiles B. Oribe, Torres Saldaña, García Selgas, Herrera y ahora Vd., entre otros.

Ambos, Rosas y Oribe, crecen y se agigantan a medida que el transcurso del tiempo lima asperezas, pule aristas, descubre enconos, desvirtúa falsedades y desenreda intrigas. Va pasando — relegada al olvido por el desprecio —, la conjura infernal que urdió Rivera Indarte, aprovecharon Mármol y Gutiérrez, esparcaron Mitre, y confesó con cinismo que produce rabia y pena, el genio indiscutible de Sarmiento. Rosas, además de ser el férreo contendedor para quien no hay excusa que justifique ni la sombra de la intervención extranjera en su patria, es el vidente de la organización constitucional argentina que se nos pinta en sus narraciones de 1873 al Dr. Vicente Quesada, como lo más recio y puro que en materia de intangibilidad de la Patria, hay en América, y como el alma de una organización político-democrática que está procurando crear definitivamente los moldes en que perpetuarse.

“Esa fué mi ambición — le decía a Quesada —, pero gasté mi vida y mi energía sin poderla realizar. Si el Partido Unitario me hubiera dejado respirar, no dudo de que en poco tiempo habría llevado al país hasta su completa normalización; pero ello no fué posible, porque la conspiración era permanente, y en los países limítrofes, los emigrados organizaban constantes invasiones. Fué así como todo mi gobierno se pasó en defenderme de esas conspiraciones, de esas invasiones y de las intervenciones navales extranjeras: eso insumió los recursos y me impidió reducir los caudillos del interior a un papel más normal y tranquilo.” (Ernesto Quesada: La Epoca de Rosas).

Oribe es el ejemplo del patriota integral, a lo Solano López, a lo Luis Alberto de Herrera, a lo Bernardo Irigoyen, que no transige con nadie ni con nada cuando se trata de la integridad de la Patria o de su honor o de su dignidad.

Cae Rosas después de haber obligado a abandonar su presa a las naciones europeas que nos habían puesto la garra encima. Cae Oribe porque no acepta la intervención que Brasil le ofrece para destruir rápidamente a quien ya no cabe dudas de que en breve lo destruirá a él. El uno y el otro se alejan con las manos limpias y la frente alta, sin llevarse de la patria otra cosa que un gran dolor de verla mancillada por la jauría sin ideales y sin patriotismo que la asalta.

A esa depuración de la historia enlodada por la diatriba procaz y por el empeño bastardo, viene hoy a contribuir su libro. No importa que le hayan precedido en el propósito sano, el empeño noble y el gesto generoso Carlos Anaya, Guillermo Melián Lafinur, Bibiano Torres Saldaña, Aquiles B. Oribe, Lorenzo Carneili, Gilberto García Selgas y Luis Alberto de Herrera, entre otros. Su alegato es un paso más y un elemento nuevo. Quien escriba sobre Oribe la obra definitiva que ya se siente vibrar en el ambiente, tendrá que leer su libro y en él documentarse. Se llamen Luis Alberto de Herrera o Enrique Larreta; Manuel Gálvez o José Monegal. Herrera ya dió un gran paso

con sus "Orígenes de la Guerra Grande". Nos abrió archivos hasta ayer guardados celosamente por los gobiernos de Inglaterra y Francia, y nos descubrió documentos que hasta entonces nadie había conocido y menos divulgado. El historiador y el biógrafo que hay en él, ya tienen el material pronto para la epopeya de Oribe. Un argentino, Gálvez, escribió la de Rosas; un uruguayo debe escribir la de Oribe.

Oribe, con ser desde todos los puntos de vista un gran personaje, no es sólo una personalidad. Es más que ello, como fué en vida, más que todos los que lo rodeaban.

En un salón rioplatense, la trilogía histórica post-independencia, serían Rosas, Oribe y Paz. Frente a cualesquiera de ellos, Urquiza, Lavalle y Rivera quedan en la penumbra. Sin ser personajes secundarios, resultan inferiores. Rosas, Oribe y Paz los anulan. Deslumbran más. Son héroes más que en el sentido de Carlyle, en el de Nietzsche y aun por sobre el de ambos, en el de esas personificaciones de la antigüedad pagana que la poesía de Homero y el cincei de Fidias idealizaron hasta atribuirles una naturaleza sobrenatural, forjada como la de Hércules y la de Aquiles, en el connubio de un Dios con una Virgen.

El héroe de Sarandí e Ituzaingó, vencedor en Camacuá y Arroyo Grande, está muy lejos por encima del vencedor del Rincón y las Misiones. Entre ambos el parangón es imposible. No lo fué en vida y no hay forma de que lo sea en la historia. Esta recién empieza a escribirse y en ella Oribe ya ha comenzado a mostrarse tal cual era. Cuando se le vea en su natural, pasará su silueta formidable de estadista y de orientador, como paseaba entre 1812 y 1850 su brillante personalidad por los salones de Montevideo y Buenos Aires, suscitando la admiración y el encendido comentario de las principales figuras de la época. Hombres y mujeres, blancos y colorados, le rendían pleitesía a sus superiores condiciones personales e intelectuales, mientras sus rivales, sus adversarios, sus enemigos, menos inteligentes, menos cultos, menos grandes señores, permanecían relegados a segundo término, muchas veces agazapados en la sombra, hostiles, taimados, tenebrosos. Frente al brillante astro en el que todo sobresalía y a todos deslumbraba: en la paz como en la guerra, en el valor personal como en la estrategia guerrera, en el señorío privado como en la administración nacional, palidecían sus adversarios encendidos en odios y en venganzas.

Así y todo, fué preciso el estallido de dos tendencias antagónicas, profundamente enconadas, tanto en Uruguay como en Argentina, disputándose el ejercicio del poder público, para que el lodo acumulado en la punta de la pluma de escritores brillantes pero procaces, lograra por la bajeza lo que la honestidad les negaba. ¡Y qué subversión de conciencias! Rosas en Argentina oponiéndose por la fuerza a las pretensiones de dominio de Francia en el Río de la Plata, y Oribe, aliado en esa cruzada con Rosas, afirmando para el Uruguay la absoluta exclusión de

toda ingerencia extraña en la República, despiertan las iras y las diatribas de una docena de escritores y de una decena de órganos periodísticos, que hacen nacer la novela histórica en el Río de la Plata para suplantar la verdad con la ficción. Mientras que los unitarios argentinos ofreciendo segregaciones de su territorio en procura de una ayuda del exterior para arrojar del gobierno a sus adversarios; y Rivera actuando primero por su cuenta contra Artigas cuya cabeza pide a Ramírez, el gobernador argentino de Entre Ríos, luego en connivencia con el Imperio del Brasil y más tarde, en 1839, mandando a Europa a su Ministro Ellauri para obtener la intervención de Francia o la de Inglaterra, son considerados por esos mismos subvertores como los héroes grandes y puros de dos partidos políticos sin mancha; y lo que es más: mientras ese Oribe tan vilipendiado y tan escarnecido, prefiere caer a permitir la intervención en su país de un gobierno extranjero que sólo pide para prestar su concurso se le reconozca el derecho a territorios que detenta desde las luchas por la independencia, el Gobierno de la Defensa, en lucha con Oribe, insiste con Santiago Vázquez y con Florencio Varela (éste mandado expresamente a Europa), sobre el protectorado francés e inglés que Lord Palmerston no quiere aceptar porque le teme y que Guizot no quiere conceder porque el Ministro Walewsky le ha dicho que ese Gobierno colorado no representa sino a una legión francesa, una italiana y dos batallones de negros; en cambio, el otro, el de Oribe, el que nunca aceptó las intervenciones extranjeras, y el que lucha contra los que piden la intervención, representa a lo mejor y más graneado del país. Y al mayor número, además. Más tarde, en 1865, ese Partido Colorado del que han de seguir saliendo los denostadores de Oribe, habrá de sacrificar con Flores y con Lorenzo Batlle 5.600 leguas marinas de nuestro territorio con tal de obtener la ayuda del imperio brasileño deshonrado en Paysandú, para echar del Poder al ejemplar gobierno del probo Bernardo Berro.

¿Es que pensaban — como Rivera cuando fué invitado por Lavalleja y por Oribe a levantarse contra el extranjero — ¿que la Provincia no estaba preparada para regirse por sí misma? ¿O hay algo oscuro, bajo y servil que los diferencia tan hondamente de su rival?

Ese cinismo de los unitarios argentinos, hermano gemelo del de los colorados uruguayos, lo pinta Alberdi con mano maestra en sus "Palabras de un Ausente": "Formaban la República Argentina, hasta 1825, las ocho Intendencias de que se compuso el Virreynato de Buenos Aires, antes de 1810. El vencedor de Ayacucho dispuso de cuatro de ellas por el derecho de la victoria, y con ese territorio argentino compuso el estado que lleva su nombre. Los brillantes patriotas unitarios que entonces gobernaban el país, no hicieron la guerra a Bolívar por esa causa... En 1825, Bolivia invadió la provincia argentina

de Tarija, y se quedó con ella, sin que hubiese ocurrido guerra por esa causa que dejó vivo y entero el honor argentino bajo el gobierno de Rivadavia... En 1838, la Isla Martín García fué tomada y ocupada por los franceses con satisfacción de todos los patriotas argentinos, enemigos de Rosas... Más tarde, Chile ocupó el territorio del Estrecho de Magallanes. Sarmiento aconsejó esa ocupación, y la sostuvo por vía de oposición al gobierno tiránico argentino de entonces... En 1850, ocupaban otra vez los franceses la Isla de Martín García; y Sarmiento fué de opinión, en su Argirópolis, que la bandera extranjera, que suplantaba a la Argentina en ese territorio argentino, lejos de deshonorar al país por su presencia violenta, podía garantizar honorablemente al Congreso Argentino que se reuniese a su sombra."

Eso aconteció en Argentina. En Uruguay, la alianza con el Brasil y sus tratados de 1851 ratificados en 1852, convirtió al Brasil, según la expresión de Eduardo Acevedo, en director armado de la política interna del Uruguay, y tuvo estas consecuencias ya destacadas por Juan Carlos Gómez: Se permitió apoderarse de la margen derecha del Yaguarón y la Laguna Merim hasta el Chuy, llevándonos así 280 leguas marítimas; se sancionó las usurpaciones que en 1816 se había cometido contra nosotros y contra los tratados de 1777, al arrebatarnos toda la extensión al norte del Ibicuy, que comprende los ríos Mbutay, Ibacacué, Piratiny, Iyuí, Piray, Cebollatí y Merim, encerrando 2.920 leguas, y se permitió incorporarse la extensión que media entre el Ibicuy y el Cuareim, que encierran 1.400 leguas. Es decir, que en virtud de la Revolución que nos trajo Flores con su aliado el Brasil para desalojar al Partido Blanco del poder — partido de caballeros, de estadistas y de patriotas —, la República perdió 5.600 leguas marítimas, o sea una parte casi igual a la mitad del territorio de Río Grande del Sur. ¡Y el Ministro Manuel Herrera y Obes felicitó al Dr. Andrés Lamas, Ministro del Uruguay en Brasil, por ese acto vandálico que nunca podremos perdonar, porque por él sangrará eternamente la Patria!

Esa desmembración territorial la autorizó sin sonrojos el Partido de la Defensa, en 1851, con tal de adueñarse del poder legítimamente desempeñado por el partido de Oribe. Pero Oribe y su partido, catorce años antes no aceptaron esa misma alianza que les ofrecía Brasil para destruir de una vez por todas a Rivera, porque no querían no sólo legalizar la usurpación brasileña de 1816 sobre la extensión algo menor aún que la cedida por Flores, sino que no permitían ni gratis, ninguna intervención extranjera en nuestro país. De nadie, y mucho menos de nuestros vecinos, la aceptamos nunca.

Dice Saldías que con motivo de la declaración del Contralmirante inglés que quería "proteger" a Montevideo, suscribieron una protesta en favor de Oribe 1664 orientales, vecinos todos de la ciudad de Montevideo, cuyos nombres se encuentra en "La Gaceta

Mercantil" del 8 de octubre de 1845. Sucesivamente suscribieron protestas análogas todos los departamentos del Estado Oriental". En favor de Oribe. Y de su oposición a la intervención, fuere de quien fuere.

La enajenación de nuestra independencia al extranjero por parte de Rivera y su Partido, es como una obsesión en las mentes de los primaces de éste. ¡Naturalmente siempre que se creían frente al peligro blanco!

En cambio, en Oribe y sus primaces, la obsesión era el sentido de la independencia total y absoluta.

La colonización francesa de nuestro país, pedida por los dirigentes del Partido de la Defensa en 1839 y procurada constantemente hasta 1851, era un secreto a voces en las cancillerías de Europa y de América. En las cancillerías y fuera de ellas. Para lograrla se sucedían las misiones ante las Cortes de Luis Felipe y de Inglaterra. De ella se hablaba en los Parlamentos de Inglaterra y de Francia, discutiéndose sus ventajas, y pesándose los inconvenientes. Lamartine no la quería y tronaba contra ella. Al Conde Walewsky, delegado de Francia, no le seducía el envío de una expedición al Río de la Plata, porque, decía, en Montevideo no acompañaban a los defensores de la Ciudad sino las referidas legiones francesa e italiana y los mencionados dos batallones de negros, mientras que todo el pueblo y todas las clases estaban con Oribe que la combatía.

¿Qué pretendían los unitarios al aliarse a Rivera para derrocar a Oribe? La ayuda de Rivera, es decir: del gobierno absoluto que instauraría Rivera vencedor, para derrocar a Rosas. Está bien. Pero, ¿qué pretendía Francia al apoyar a Rivera contra Oribe? Derrocar a Oribe que había combatido y seguía combatiendo sus pretensiones de colonizar el Río de la Plata, y luego, con la ayuda que Rivera triunfador prestaría a los unitarios gestores de la intervención francesa, derrocar a Rosas que se había opuesto tanto a esa intervención como a la inglesa, y que había logrado por el tratado de 1847, la renuncia de Inglaterra a la colonización, y la expulsión de los franceses que pasaron a concentrarse en Montevideo.

Si puede — dentro del concepto del patriotismo —, tener explicación la actitud argentina (concurso de fuerzas para sustituir a un gobierno argentino por otro gobierno argentino), no la tiene la de los colorados llamando a Francia, o a Inglaterra para entregarle a una o a otra, a cualquiera de ellas, nuestra independencia.

Francia ayuda a Rivera en Uruguay contra Oribe y a los unitarios en Argentina contra Rosas; y es un francés: **Bourguignat** en su libro "Le general Rosas devant la France", quien denuncia esas intromisiones del reino de Luis Felipe en estos países:

"Pensemos, pues, también, dice, en lo que, por nuestros errores, pasaba en el Río de la Plata, en la época en que estallaron esas escenas de efervescencia popular. No hay que disimular: ha-

cíamos al gobierno bonaerense una clase de guerra que no podría autorizar el derecho internacional, el derecho de las naciones civilizadas. En efecto: no es permitido, ni mismo en tiempos de guerra, excitar a los pueblos contra sus gobiernos legales, a subordinar o asoldar los revolucionarios de un país e incitar a los ciudadanos unos contra los otros, arrojándolos a la guerra civil. Sin embargo, era precisamente eso lo que hacíamos nosotros, los franceses, en las dos márgenes del Río de la Plata. Luego es un hecho confesado que, si el General Oribe, Presidente legal del gobierno oriental hubo de ceder ante la insurrección, fué porque esa rebelión había sido pagada por nosotros”.

La cesión que tanto el unitarismo argentino, como el Partido de la Defensa, quisieron hacer de los pueblos del Río de la Plata en favor de Francia, provocó la alarma de Estados Unidos y de Inglaterra.

En 1846, el Canciller estadounidense Buchanan, denuncia los propósitos colonizadores de Inglaterra y Francia, elogia altamente al gobierno de Rosas y lo alienta en la resistencia a las intervenciones europeas.

En 1850, Lord Palmerston, Jefe del Gobierno inglés, denuncia el proyecto de convertir a Montevideo en una colonia francesa, como algo que el gobierno inglés venía sospechando desde hacía mucho tiempo.

Guizot, Presidente del Consejo francés, le dice a Thiers en 1850 que “la expedición es una locura que el Sr. Thiers puede muy bien sostener desde la tribuna, pero de la cual no se responsabilizaría si estuviese en el poder, concepto éste del estadista, que muchos años más tarde habría de recoger el Presidente Pellegrini, cuando al contestar al Diputado Palacios que le enrostraba no cumplir como Presidente, lo que había prometido desde el llano, le decía: “Es que una cosa es ser Presidente de la República desde el sillón presidencial y otra muy distinta serlo desde una banca de diputado o desde el poste de una esquina”.

Y cuando Guizot decía aquello, sabía, como Walewsky, que mientras en Montevideo los franceses que acompañaban a la Defensa eran 1.500, en la campaña uruguaya los que estaban encantados con el trato que les daba Oribe y le ofrecían alistarse bajo su bandera, para combatir a los agentes franceses, eran 6.000. Y con esta particularidad: que esos seis mil estaban totalmente en favor de la causa americanista que defendía el General Oribe, a cuyo lado, como usted lo recalca, formaban todos los que en abril de 1825 habían desembarcado en el Arenal de la Agraciada para libertar a la Patria de todo yugo extranjero. Mientras que los que estaban dentro del recinto de Montevideo, eran casi exclusivamente los elementos europeos, los unitarios porteños, los esclavos africanos y los integrantes de las dotaciones de los barcos franceses e ingleses anclados en el puerto.

Natural es que el pensamiento denunciado por Lord Palmerston haya que considerarlo no como el ideal político que llevó

a Rivadavia y a Pueyrredón a pensar en una testa coronada — aunque fuera la de un Inca —, para reemplazar al poder español que había cesado en su gobierno de América, sino como el precio de una forma de suplantar en el poder al adversario que había crecido tanto y de tal modo, que por otros medios sería imposible desalojarlo. Y natural es que también, en el oprobioso ambiente moral en que se debatían unitarios y colorados, se buscara con el cinismo de Sarmiento y de Andrés Bamas, justificar ¡y con qué agallas!, el inaudito atropello, atribuyendo a Oribe idénticos propósitos con respecto a Argentina. Ya se sabía en aquel entonces que una de las formas de defensa es el ataque, y que la mejor manera de encubrir los propios propósitos, es atribuírselos al adversario. La bandera de Oribe era demasiado grande y pura para que se le pudiera dejar intacta. Había que procurar enlodársela. ¿Cómo? Sombreándola. Descubriéndole intenciones anti-patrióticas. Descalificándolo.

La alianza de Oribe con Rosas, como Vd. lo expresa aprobado en Saldías, tiene origen, en primer término, en la amistad que siempre existió entre ambos, y en el valioso concurso que Rosas y sus amigos prestaron a Lavalleja y Oribe para emancipar al Uruguay el año 25. Esto no se ha dicho bastante y es necesario repetirlo. A Rosas le debemos en mucho nuestra independencia, tanto que algún día tendremos que levantarle una estatua. Pero esa alianza ¿acaso fué exclusiva de los orientales con Argentina? ¿No lo fué de los hombres de la Defensa con los unitarios argentinos? ¿Y hemos de decir, por eso que aquellos hombres nos quisieron vender a la Argentina?

También Rivera — y con él ya el Partido Colorado cuando se discutía la Presidencia entre Juan Francisco Giró, candidato de Oribe, y Manuel Herrera y Obes, primaz colorado y candidato de Rivera —, era apoyado por Urquiza y por el gobierno brasileño. Como estaba apoyado por primaces del Brasil Juan Carlos Blanco en la lucha presidencial de 1903, según documento aludido por Monegal en su "Vida de Aparicio Saravia", y existente en nuestro poder.

Lo que entre Oribe y Rosas hubo durante la Guerra Grande, no fué no, como Vd. claramente lo indica, una sumisión del primero al segundo, y mucho menos un acuerdo retaceador de nuestra soberanía o de nuestras libertades en beneficio argentino, sino una coincidencia de ideas y de propósitos en la defensa común de las respectivas patrias, como aconteció entre riveristas y unitarios.

No se puede decir lo mismo de Rivera con respecto al Brasil, ni de Rivera con respecto a Francia e Inglaterra, ni de los dirigentes de la Defensa de Montevideo con respecto a los referidos dos países europeos, ni de Flores con respecto al gobierno imperial del Brasil. En Oribe es evidente el propósito y contundente el esfuerzo contra las intromisiones extranjeras. En Rivera es evidente lo contrario: el propósito de la anexión como lo es mismo

entre sus correligionarios enemigos. Para unos y otros el país no estaba preparado para la independencia.

Rivera no cree en la independencia, y defecciona cuando se le invita para lograrla. Es Bollo quien nos lo dice: "...cuando llegó el momento de obrar contra el extranjero, a la sombra del apoyo que el General da Costa prestó a los orientales, en su odio a los brasileños, fué Lavalleja de los primeros en lanzarse a la conspiración, mientras Rivera, especialmente invitado al mismo fin, había diferido su respuesta bastante tiempo, contestando finalmente que no se adhería a los trabajos revolucionarios, por creer que la provincia no estaba preparada para regirse por sí misma.

"Esta contestación abrió profundo abismo entre Rivera y los conspiradores, al punto que, al iniciarse las hostilidades entre brasileños y portugueses, la primera sangre que corrió fué la vertida por los orientales, divididos en dos bandos, uno al mando de Rivera, por los brasileños, y el otro por los portugueses bajo el mando del entonces Mayor Manuel Oribe".

¡Hasta sangre nos costó, pues, la defección de Rivera cuando más lo necesitábamos!

Nada hay de Oribe, en cambio, que comprometa en lo más mínimo nuestra soberanía efectiva, ni nuestro derecho a los territorios que nos quitó el Imperio. Cuando de algo de eso se pretendía hablar con Oribe, se mostraba tan irreductible como se muestra Luis Alberto de Herrera al retaceo de nuestra soberanía por la instalación de bases extranjeras en nuestro territorio.

En sus adversarios, en cambio, hay un propósito reiterado y contumaz, de años, en el sentido inverso.

Parece imposible, pero es así. La reciente apertura de los archivos ingleses al público, y la de una parte de los archivos franceses, no deja duda alguna y no permite interpretaciones diminutorias de aquella enormidad. Rivera y los hombres de la Defensa se aliaron al extranjero, enajenándoles conscientemente nuestra soberanía.

Oribe se alió a Rosas, sin afectar en nada nuestros destinos, y con reiterada ostentación de nuestra absoluta independencia.

Si Oribe se alió con Rosas, fué porque él — en oposición a sus adversarios —, representaba el espíritu autonomista que en defensa de las libertades de los pueblos del Plata, enfrentó a Francia y a Inglaterra, obligando a ésta con la misión Southern inglesa y la convención Southern-Arana, a abandonar las conquistas que habían alcanzado sus misiones Defaudis y Ouseley, y por consiguiente, a renunciar para siempre a sus pretensiones de conquista, de protectorado o de intervención; a levantar el bloqueo del Plata, a evacuar la isla de Martín García, a saludar el pabellón argentino, y a reconocer la navegación del Paraná como río interno argentino, y la del Uruguay como río común de Argentina y Uruguay. Desaparecido el obstáculo inglés, hubo que continuar la lucha con Francia, cuando los agentes de ésta

Buchet, Martigny, R. Baradere, Roger, etc., obligados a retirarse de Buenos Aires, se concentraron en nuestro país y se aliaron con Rivera contra el Presidente Oribe; y con Lavalle contra el gobierno de Rosas.

No fué intervencionista Oribe, que luchó como un león contra la intervención francesa y que no aceptó la cooperación brasileña para combatir a Rivera, porque esa intervención le exigía un desistimiento a las protestas por los manotazos dados por el Imperio del Brasil sobre el territorio uruguayo que se extendía hasta el Ibicuy.

Pero fueron intervencionistas sin pudor y sin vergüenza: Rivera y Lucas Obes, Andrés Lamas y Suárez, Pacheco y Obes y Herrera y Obes: la flor y nata del Partido de la Defensa, el mismo que en 1904, con Batlle y Ordóñez a la cabeza, pide contra la Revolución blanca en auge, y el aprestamiento argentino-brasileño-chileno para reconocer la beligerancia, el auxilio norteamericano; el mismo que hoy nos ha atado ya a un carro de guerra demasiado peligroso para que no nos cueste caro.

Pidieron la intervención los dirigentes de la Defensa y sus sucesores, retaceando para lograrla el territorio nacional, del mismo modo que los unitarios argentinos ofrecieron parte de su acervo territorial para lograr en su país la misma intervención.

Rivera Indarte — el acumulador de denuestos —, Sarmiento, Mitre, Gutiérrez, Mármol, todos esos si claramente hoy “salvajes unitarios”, apostrofados por Esteban Echevarría; y los nuestros, los de este lado del Río, que obedecían a Melchor Pacheco y Obes, atacaron para justificarse o para no ser atacados. Y en verdad, ganaron la primera parte de la batalla que ahora comienzan a perder. Despotricaron contra la alianza de Oribe con Rosas, alianza que cuanto uno más la medita, más se convence de que no puede ser objetada.

La convención inglesa-argentina de Southern-Arana es con Argentina y Uruguay como República. El canciller argentino Arana recaba para esa convención el consentimiento de su aliado el Presidente uruguayo, y lo obtiene.

La convención francesa Le Prédour-Arana es también con Argentina y su aliado Uruguay, república.

Ni en una ni en otra resuelve el gobierno argentino por sí. Lo hace por él y por su aliado, pero después de consultar, y de expresar que lo consultará o que lo consultó.

Lo mismo acontece cuando el Gobierno de la Confederación se dirige al Gobierno de Entre Ríos, recordándole que no se puede tomar resoluciones sobre prisioneros con prescindencia de “los deberes de alianza para la guerra contra el enemigo común que ligan al Gobierno de la Confederación con el legal de la República Oriental, que preside el Exmo. Brigadier Manuel Oribe”, porque “debe tenerse presente que para esa alianza de guerra, entre ambas repúblicas y sus gobiernos legales, corresponde que los aliados procedan de mutuo acuerdo respecto de los

prisioneros de guerra" y "sin la resolución del Exmo. Sr. Presidente del Estado Oriental ni puede este gobierno disponer de la libertad de los prisioneros de origen oriental, ni de los extranjeros domiciliados en aquella República, ni de los que tengan carta de ciudadanía en ella, ni aun en casos ordinarios de ser simplemente prisioneros", por lo cual "V. E. persuadirá de la obligación indeclinable en que se halla el Sr. Gobernador de manifestar a V. E. estas consideraciones cuando reflexione V. E. que sobre el derecho del Excmo. Gobierno Oriental como aliado de la Confederación, V. E. no tiene otra resolución que adoptar sino respetarlo en el de la soberanía de un estado independiente beligerante en causa común, aliado de la Confederación contra los enemigos de las dos repúblicas".

Esa fué la alianza, y ese el alcance y el sentido. Rosas, por intermedio de su canciller Arana, expresaba esos conceptos en 1847, y ya antes la Asamblea de Oribe, en 1845, refiriéndose a las insidias sobre las que con respecto a la alianza, le llamó la atención el Presidente, le había manifestado:

"La alianza con la República Argentina es tan solemne y valedera, como cierta la necesidad suprema que la ha fundado. Mantenerla invariable, es como uno de los primeros deberes del Poder Ejecutivo, porque en ella estriba principalmente el triunfo definitivo de la causa gloriosa que sostienen ambas Repúblicas del Plata". Esta alianza que el poder irresistible de los sucesos y la naturaleza misma de las cosas hicieron establecerse por sí propia, en manera alguna puede traer el más mínimo detrimento a la independencia de este Estado, cual aparentan temerlo, precisamente aquellos que más han hecho para aniquilarla. La independencia del Estado Oriental del Uruguay, está sólidamente afianzada en el tenor de los tratados, en declaraciones y protestas formales del Gobierno Argentino, en la voluntad del Pueblo Oriental, y en la necesidad del equilibrio que ella ha venido a establecer en esta parte de la América del Sur. La Asamblea, pues, no ve en los estrechos vínculos que hoy ligan entre sí las Repúblicas Argentina y Oriental, más que la consecuencia natural del hecho de haberse mancomunado los rebeldes salvajes unitarios, de una y otra parte, y alistado bajo una misma bandera, para subvertir en ambas el orden establecido. La República no reconocerá jamás, en poder alguno sobre la tierra, la facultad de imponer condiciones a su independencia, y restringir el libre uso de sus derechos soberanos. Ella quiere ser libre de todo poder extraño. Por eso ha hecho siempre sacrificios; por eso también rechazará con toda la valentía y constancia de que tantas pruebas ha dado, la agresión de esas naciones, que aun separadas de ella a millares de leguas por un vasto océano, parece pretendieran dictarle leyes; y en tanto concederle la existencia, en cuanto sea para su único provecho. Los destinos de un mundo penden, del modo como se resuelva el problema que los Agentes y marinos de Inglaterra y Francia, han arrojado al Río de la Plata. En

esta crisis solemne, el Poder Ejecutivo va a llenar sin duda su deber. La Representación Nacional no faltará a la Patria, a la América, a sus juramentos."

Sobre esa alianza de Oribe con Rosas, dice el Ministro inglés Hood en uno de sus informes al jefe del gobierno inglés, después de referirse a la alianza de los unitarios con Rivera para derrocar a Oribe, con el compromiso de que después Rivera los ayudará a derrocar a Rosas: "Si los generales rebeldes se han ligado para derrocar a sus respectivos gobiernos, es natural que los gobiernos de Buenos Aires y Montevideo, mirándolos unidos en una causa común, hagan lo mismo, y al proceder mano con mano, han dado una gran fuerza moral a la causa del orden."

Cuando la calumnia a la que Voltaire adjudicaba un poder de seducción con algo de saldo favorable a quien insistía en su manejo, fué volcada sin pudor y sin conmiseración sobre Oribe, la Asamblea General, suprema autoridad popular y legal, recogió las imputaciones para volverlas contra quienes las profirieron.

Da fastidio cuando se lee a Sarmiento pretendiendo justificar la intervención y las cesiones de territorio al extranjero.

"He necesitado entrar en estos pormenores — dice —, para caracterizar un gran movimiento que se operaba entonces en Montevideo y que ha escandalizado a la América, dando a Rosas una poderosa arma moral para robustecer su gobierno y su principio "americano". Hablo de la alianza de los enemigos de Rosas con los franceses que bloqueaban, que Rosas ha echado en cara eternamente, como un baldón, a los unitarios. Pero en honor de la verdad histórica y de la justicia, debo declarar ya que la ocasión se me presenta, que los verdaderos unitarios, los hombres que figuraron hasta 1820 no son responsables de aquella alianza; los que cometieron aquel delito de lesa americanismo, los que se echaron en brazos de la Francia para salvar la civilización europea, sus instituciones, hábitos e ideas, en las orillas del Plata fueron los jóvenes, en una palabra, ¡fuimos nosotros! Sé muy bien que en los Estados americanos halló eco Rosas, y aun entre los hombres liberales y eminentemente civilizados, sobre este delicado punto, y que para muchos es todavía un error afrentoso el haberse asociado los argentinos a los extranjeros para derrocar al tirano. Pero cada uno debe reposar en sus convicciones y no descender a justificarse de lo que cree firmemente y sostiene de palabra y obra. Así, pues, diré, a despecho de quienquiera que sea, que la gloria de haber comprendido que había alianza íntima entre los enemigos de Rosas y los poderes civilizados de Europa, nos perteneció toda entera a nosotros. Los unitarios más eminentes, como los americanos, como Rosas y sus satélites, estaban demasiado ocupados de esa idea de nacionalidad, que es el patrimonio desde la tribu salvaje y que le hace mirar con horror al extranjero".

Ese es el modo de pensar de Sarmiento y de sus unitarios. Otro muy distinto, antagónico, es el de Oribe. "Por su parte, dice en una nota de su Cancillería, el Gobierno de S. E. el Presidente,

no correspondería a sus ardorosos sentimientos americanos si pudiese un solo momento mirar con indiferencia el atentado que se prepara torpemente contra la libertad e independencia de las repúblicas sudamericanas. Así es que, uniendo el suyo al grito del continente, indignado declara sin vacilación, que mirará como injuria y ofensa propia, la que en este caso se infiera a cualquiera de las repúblicas de Sud América; que pondrá en acción todos sus esfuerzos y recursos para combatir la odiosa invasión, y que estará pronto a correr con ellos a donde quiera que lo haga necesario el peligro común".

Si a Oribe hubiera que buscarle pares, habría que pensar en Artigas, en San Martín, en Bolívar, en Solano López. En los que se dieron por entero a la Patria sin una claudicación, sin un desmayo, sin ningún otro interés que el de defenderla, organizarla e imponerla.

Rosas y Oribe quedan, como en el bronce, desafiando al tiempo; más que en el bronce alzándose por sobre la impotencia de sus detractores: hombres o historias, partidos políticos o tendencias sociológicas.

Rivera Indarte inspiró contra Oribe, como Cavia contra Artigas. En uno y otro caso López y Mitre los secundaron. Pero Artigas resurgió con Carlos María Ramírez, Eduardo Acevedo y Zorrilla de San Martín. Con Oribe acontecerá lo mismo. Se está edificando su estatua, reconstruyendo su vida. A pocos como a él se les puede aplicar el título de fundador de la nacionalidad oriental y protector de su independencia.

Esa mezcla de hombre y fiera, de Mitre y López, no encaja en quien era el encanto de las damas en los salones de la alta sociabilidad rioplatense, y el admirado conductor, para las mejores cabezas de la época.

Se hizo de todo para anularlo, pero cada día resurge más grande. Se le proscribió de la Historia y de la escuela. En las manifestaciones públicas ni se le nombraba. Recuerdo que en cierta ocasión, en que quien esto escribe, de 15 años, tuvo que pronunciar un discurso en una fiesta que celebraba el Centro Francisco Antonio Maciel, se refirió a los ideales patrióticos y a los religiosos como base y fundamento de la personalidad del joven oriental. Citó como ejemplos: Artigas (aplausos); Lavalleja (aplausos); Oribe (sólo el apasionado aplauso de uno de los concurrentes, que creo era el Dr. Silvestre Pérez).

Pero al descender de la tribuna estaban allí don Luis Varela que abrazándole conmovido le decía: "Vd. es un héroe", "Vd. es un héroe", y don Juan Xalambrí que lo vivió. Ese era y es todavía — aunque ya menos —, el ambiente con respecto a Oribe. Comienza a derretirse el hielo, a esplender la lumbré nunca extinguida, a arder la llama en el corazón del pueblo que a veces calla, pero que siempre vuelve sobre los pasos de la iniquidad, de la injusticia, del atropello.

Oribe es el inspirador de la Cruzada redentora: no se le comenta. Oribe se niega a firmar el acta de adhesión a Portugal,

no se le da importancia; Oribe quiere traer a Artigas que está en el Paraguay, para que el pueblo oriental lo tenga cerca de su corazón, no se le cita; Oribe realiza como gobernante el más fecundo programa de estadista que haya realizado en aquel tiempo hombre alguno de América, no se le toma en cuenta.

Iniciador y gestor de la Cruzada de los Treinta y Tres, como nos lo afirma José P. Pinto y lo corrobora Felipe Ferreiro, no se le da importancia. Se ha hecho un verdadero silencio de muerte a su alrededor. Un silencio que ya se está resquebrajando, porque por más que algunos lo quieran, hoy ya no es posible negar en estos tiempos de reevaluación histórica, que fueron él y su hermano Ignacio, los primeros o de los primeros en constituir la sociedad de "Los Caballeros Orientales", fundada para libertar la Patria, no bien se le arrancó a sus hombres el juramento de fidelidad y de anexión al Imperio del Brasil. Tampoco se podrá ya desconocer que, como dice Ferreiro, fué par con Lavalleja en la jornada preanunciadora de 1823 y en el proyecto redentor de 1824.

También se sabe — y no podrá dejarse de mencionar —, que en el movimiento emancipador de Durán, en 1823, y en el de Lavalleja, de 1824, el fracaso se debió a que faltó el empuje autoritario y decidido de Oribe, concurso que cuando éste lo prestó en 1825, la Cruzada fué un hecho. ¿Por qué entonces, se dirá, fué Oribe el segundo de Lavalleja, en vez de serlo éste de Oribe? Pues porque su grado de Teniente Coronel, era inferior al de Coronel que ostentaba Lavalleja; y porque en aquella época de respetuosa sumisión a las jerarquías — principalmente entre los militares —, se habría considerado una subversión y una deslealtad posponer a los jefes de mayor jerarquía. Y también porque Lavalleja había tenido la iniciativa del planeamiento de la invasión, o había sido su primer adalid.

Para Saldías, afamado autor de la "Historia de la Confederación Argentina", Oribe como gobernante y como militar es un astro de primera magnitud. Como gobernante, por su obra de consolidación institucional y de administración ordenada, escrupulosa y honesta. Y como militar por su extraordinaria capacidad de mando. Por su hábil estrategia, su certero golpe de vista y su capacidad para conducir un ejército — dice Saldías a un descendiente de Oribe —, éste es considerado como el único rival del General Don José María Paz, el más ponderado General del Río de la Plata en la época".

De Rivera que fué gran guerrillero, no se puede decir lo mismo como militar; y para juzgarlo como estadista basta con recordar la diferencia que nos anotó Eduardo Acevedo entre lo presupuestado y lo gastado por él en el ejercicio 1834-35. Se le dió presupuesto por 767.729 y gastó 2.754.725. ¡Y cómo! !

Oribe fué, al decir de García Selgas, el más insigne de los alumnos de la Academia Militar del Río de la Plata. Sarratea lo considera, ya cuando aspiraba a Sub-Teniente, una excelente esperanza, y lo reconoce como a un joven educado, valeroso y de conocimientos. "La figura consular del Ejército", lo llama Zorrilla de San Martín.

Fué la intelectualidad Riverista de la época, la que denostó a Oribe para arrancarlo del gobierno de la cosa pública y poder seguir gozando del desbarajuste administrativo de Rivera, como fué la intelectualidad unitario-argentina la que denostó a Rosas, porque según el juicio de éste “todos (los gobernantes argentinos anteriores) cometían un grande error: se conducían muy bien con las clases ilustradas, pero despreciaban a los hombres de las clases bajas, los de la campaña, que son la gente de acción”.

Por eso dice Carlos Ibarguren que “la tiranía no fué tan sólo de un hombre, sino de un poderosísimo partido popular, y, dentro de éste, de la plebe urbana y rural que constituía la masa”.

Y más adelante agrega: “Las campañas triunfaron sobre la ciudad; los caudillos federales, conductores de las masas autóctonas, bárbaras y militarizadas, desplazaron en el predominio político al selecto núcleo de los unitarios europeizados. Rosas interpretó y dirigió, como jefe supremo, este gran movimiento; por eso su tiranía fué trascendental y durante su duración, en la que mantuvo firmemente la unidad nacional y su independencia, pudieron madurar los elementos que forjaron la organización constitucional después de su caída”.

Y no fué Oribe simplemente el estadista que pone orden en el desquicio administrativo y financiero que le entregó su antecesor Rivera, — “caos financiero en que había vivido Oribe”, dice Acevedo —, sino que no obstante los gastos extraordinarios promovidos por la primera y la segunda revolución de Rivera, amortiza todas las deudas, incrementa el intercambio comercial; organiza el crédito público; instituye las jubilaciones y pensiones civiles para los funcionarios públicos; crea el montepío general; dicta la ley de Retiro Militar con goce de pensión; instituye las pensiones para las viudas e hijos menores de militares; califica por ley la influencia de la ebriedad en los delitos; fija por otras las normas sobre extradición de criminales; funda la Universidad de la República; crea la Estadística Médica; reorganiza la Higiene Pública; establece la Vigilancia Nocturna; funda el Mercado; empedra las calles de Montevideo; proyecta la Ley Orgánica de las Juntas Económico-Administrativas; suprime el fuero personal de los eclesiásticos y militares en las causas civiles y criminales; reorganiza el Museo y la Biblioteca; crea una Comisión de Censura de las obras teatrales; instala baños públicos y el primer molino a vapor; celebra convenios de comercio y navegación; gestiona otros; provoca la fijación de límites definitivos con Brasil, etc., etc.

Cuando uno lee en los panegiristas de Batlle las obras que atribuyen a su inspiración, si logra por un instante olvidarse de su despotismo y de sus arbitrariedades, de sus odios y sus intemperancias, de sus persecuciones y sus corrupciones, de sus insidias y sus injurias, no puede a menos que reconocer que por su cabeza pasó mucho y bueno; pero cuando se medita en la obra de Oribe, casi un siglo anterior, en el caos de los tiempos y en el desastre

financiero que le dejó su antecesor, no puede a menos que pensar que aquel hombre era realmente un genio.

Eduardo Acevedo después de hablarnos del caos financiero del gobierno de Rivera, nos dice que éste era "estadista de más vuelo que Oribe". Frente a esas realizaciones de Oribe, Rivera puede oponer muy poco; pero como un hombre de la autoridad de Acevedo lo dice, uno se pone a pensar las cosas, y por más buena voluntad que ponga, no encuentra el vuelo de Rivera en ningún caso no sólo superior, pero ni siquiera igual al de Oribe.

Ese juicio sobre el estado caótico en que el gobierno de Rivera dejó al país, no es sólo de Acevedo, ni original de éste. Antes que él, lo había denunciado la prensa de uno y otro país del Plata, y el Ministro inglés, lo había corroborado en estos bien expresivos términos:

"La Presidencia de Oribe, que empezó en marzo de 1835, se vió trabada desde el principio por deudas, y atada por contratos hechos por el ministerio anterior y que llegaban casi a la desesperanza de que el Estado pudiera nunca zafarse de tan abrumadoras dificultades". ¿Cómo se puede pensar en el vuelo de un estadista que ha dejado la hacienda pública en esa situación? ¿Y haciendo qué?

Son extraordinarios estos informes del Ministro inglés a su Jefe el Duque de Wellington, informes que recién por primera vez se facilitan a los investigadores por petición del Dr. Luis Alberto de Herrera al gobierno inglés. Pero aun hay más en la referida correspondencia del Ministro a su jefe.

En julio de 1836, refiriéndole la situación caótica en que Rivera le dejó el país a Oribe, y las medidas de economía que éste tuvo que adoptar de inmediato, combinadas con la reducción de todos los empleados y empleos inútiles para ir arreglando la situación, le dice que Oribe suprimió el puesto de Comandante en Jefe del Ejército de Campaña, "pues debido al nuevo sistema de retiro no hay fuerzas que mandar", que esa supresión la considera Rivera, razón suficiente "para levantar el estandarte de la sublevación contra el gobierno", pero que "los motivos, de este levantamiento, según los da a entender él mismo a sus amigos, son tan fútiles que completamente no merecen crédito".

Y luego agrega: "Los hechos reales son, sin embargo, según creo, que los emisarios porteños y principalmente Lavalle, que se refugió en esta República cuando el derrocamiento de su gobierno en 1829, habiendo perdido toda esperanza de renovar la lucha en favor de la causa unitaria, en razón de la extensión y consolidación del sistema federal en su país y sin ninguna probabilidad de éxito en cuanto dependa de sus propios recursos, aprovecharon el momento en que Don Fructuoso Rivera se sintió mortificado por su pérdida de autoridad en el interior y halagando su desmedida ambición y amor al dinero, para excitarlo a la rebelión, sobre la base de que ellos (los generales de Buenos Aires, emigrados), le ayudarían a voltear este gobierno y le darían el poder absoluto, a condi-

ción de que él, a su vez, cooperaría al derrocamiento del actual gobierno de Buenos Aires y del sistema federal”.

Se ha querido “hacer” un Rivera por encima de Oribe, del mismo modo que se ha venido luchando desde Carpintería para hacer un Partido Colorado por encima del Partido Blanco. Pero la bandera que Oribe enarboló por la libertad y contra las intervenciones, por la República contra la colonia; por la honradez administrativa contra el desbarajuste, y que el Partido Blanco con sus caudillos al frente — llámense Aparicio Saravia o Luis Alberto de Herrera —, continuó tremolando, no fué antes superada, ni siquiera es hoy igualada.

El penacho de Enrique IV hasta hoy ha estado siempre donde estuvo el Partido Nacional. Y con éste siempre estuvo lo mejor del país.

Rivera, al servicio del Imperio; Rivera opinando que el país no estaba preparado para regirse a sí mismo, y por tanto negándose a prestar su concurso al proyecto emancipador; Rivera dejando escapar al Jefe brasileño Bentos Manuel, que amagaba una invasión desde el Cuareim; Rivera sospechado de lealtad a las Provincias Unidas, sometido por Rivadavia a severo interrogatorio que concluyó por dar con él en la prisión ya antes de sublevarle a Dorrego el Escuadrón de Defensores que marchó tras él; Rivera sin garantías y considerando y sintiendo que su salvación estaba en tener mando de fuerzas, ¿qué podía hacer? Pues lo que hizo, recordar que estaba en los planes del gobierno central de las Provincias, a la sazón dirigido por Dorrego, invadir las Misiones para apoderarse de ellas. Invadió la Provincia desde Santa Fe, con hombres y pertrechos que le facilitó López, y natural fué que lo persiguieran: el gobierno de Lavalleja que le respondió pidiéndole explicaciones, y el gobierno de Dorrego y Balcarce que lo hizo perseguir por Oribe, con orden de aniquilarlo, “y en caso de tener la fortuna de tomarlo, hacer con él un castigo ejemplar”.

El “castigo ejemplar” que piden Dorrego y Balcarce para Rivera, si lo capturan, era sin duda alguna el que Lavalle, cumpliendo igual consigna, aplicó al mismo Dorrego. Y el que el propio Oribe “sujetándose” a las órdenes terminantes del Gobierno, mandó aplicar a los chasques de Rivera, según la respectiva constancia que Plácido Abad encontró en los Archivos de Corrientes.

Pero si el impoluto patriotismo de Oribe es cosa que no puede ponerse en duda — y en cambio no se sabe cómo puede en buena lógica defenderse a Rivera, de sus frecuentes traspiés en ese terreno, — tampoco se puede poner en duda que son personalidades del Partido Colorado y no del Blanco, las que más de una vez han pensado y luchado por la sumisión de la República al gobierno de las Provincias Unidas. Así leemos en la Historia de las Repúblicas del Río de la Plata por el General Antonio Díaz, que Juan Carlos Gómez, prócer colorado, vino en 1857 a Montevideo, con la idea de buscar prosélitos para derrocar al gobierno de Pereyra — que ni siquiera era blanco, sino bien colorado por cierto —, y anexar des-

pués esta República a la Provincia de Buenos Aires. Gómez encontró aquí el apoyo a sus ideas, en algunas personalidades y entre ellas el General colorado César Díaz. El gobierno de Pereyra, enterado de lo que se tramaba, ordenó el destierro a la capital vecina de los principales cabecillas de la conspiración, y entre ellos de Gómez y Díaz. Gómez, como director, permaneció en Buenos Aires, pero César Díaz volvió a invadir poco tiempo después, en son de guerra, encabezando un grupo de personas que fué aumentando hasta que, completamente derrotado en el Paso de Quinteros, su Jefe prisionero fué pasado por las armas.

Para quienes no lo saben, y para quienes gritan respecto de Quinteros — cuyas ejecuciones, claro está, no justificamos, como no justificamos ni las de Florida, ni las de Paysandú, ni las de 1904 —, conviene que sepan que a César Díaz no lo ultimaron como simple prisionero, sino por traidor a la Patria.

Hay más: el propósito de la Revolución del 57, terminada con las ejecuciones de Quinteros, fué, según "La Tribuna", órgano argentino de la Revolución, el siguiente decreto, brutal como nunca hemos visto otro semejante, dirigido precisamente contra quienes si estaban aliados, respetaban en absoluto la independencia de sus países:

"El Presidente de la República, etc.: Art. 1º Retírase la ciudadanía a todos los que han pertenecido al Partido de Rosas y de Oribe. Art. 2º El anterior artículo comprende hasta la quinta generación. Art. 3º Queda prohibido el que estos individuos puedan obtener destino civil ni militar, y sólo podrán ser empleados en clase de verdugos, pregoneros o carceleros. Art. 4º Queda prohibido que puedan aprender a leer hasta la quinta generación. Art. 5º Ninguno podrá tener más capital que el de diez pesos en fincas, negocios, amueblado y equipaje. Art. 6º La infracción al presente reglamento se castigará con pena de muerte. Art. 7º Comuníquese, etc."

Es en ese mismo año de 1857 que Oribe, después de haberse puesto al frente del movimiento cívico que resistía la sanción legislativa de los tratados del 51, dirige a sus conciudadanos el siguiente manifiesto:

"El examen de los tratados con el Brasil, cuya discusión ha suspendido la disolución del Cuerpo Legislativo, requiere un contingente de patriotismo, de saber, y sobre todo de ese puro sentimiento de Independencia y libertad que sostiene el escudo de nuestras armas. Trabajaré, pues, porque ese patriotismo y ese saber, en aras de la unión de todos, sea la expresión de las próximas elecciones".

Cuando en la lucha de tendencias institucionales en la que Rivadavia pugnaba por el régimen unitario, mientras los orientales querían el régimen federal de Artigas, Rivera no creía en la preparación de esta Provincia para regirse por sí misma y no aceptó la invitación de Lavalleja para libertarla; Oribe era con Lavalleja, Latorre y Laguna, de los que pensaban en la independencia absoluta, como nos lo recuerda García Selgas.

Lavalle y Paz lo consideraban el primer General de los que le oponía Rosas (Memorias de Paz y Correspondencia de Lavalle); Saldías, consideraba que Oribe tenía más genio que Lavalle para idear y preparar el plan general de una campaña; y a Lavalle, hombre tan resuelto, perspicaz, experiente y vivo como Rivera, lo sobrepasaba en ciencia militar y en principios estratégicos.

Como lo expresa Adolfo Saldías, cuando a raíz de Carpintería se constituye los dos bandos políticos que encabezan Oribe y Rivera, lo mejor del país se va con Oribe. “No sólo la mayoría del pueblo oriental — dice el autor de la Historia de la Confederación Argentina —, sino la mayoría de los hombres mejor colocados en la sociedad, por sus vinculaciones de familia o por sus servicios, acompañaban a Oribe”. “Ciertó es — continúa expresando dicho historiador —, que Rivera tenía bajo banderas a los Magariños, Pacheco y Obes, Ellauri, Herrera y Obes, Aguiar, Muñoz, Lamas y otros; pero no es menos cierto que estos ciudadanos comenzaban, por así decirlo, su carrera política, y que la participación que tomaron en los sucesos del sitio de Montevideo y en la intervención anglo-francesa, fué lo que les dió el nombre y la reputación con que los hemos conocido. En 1845, Oribe, de ilustrada ascendencia, ya tenía renombre histórico como militar en la guerra contra la metrópoli española, y con el Portugal y el Brasil por la independencia de su Patria. Y como Presidente del Estado Oriental, a su derecha figuraban el General Juan Antonio Lavalleja, Jefe de los 33 orientales que se lanzaron a fundar la independencia de su patria cuando el entonces jefe de policía de campaña del Brasil en tierra oriental, don Fructuoso Rivera, formaba bajo las banderas del Imperio y recibía de éste honores; el General Eugenio Garzón, distinguido Oficial de San Martín y Bolívar en las batallas por la independencia sudamericana; el General Ignacio Oribe y casi todos los militares que tomaron parte en sus campañas y en las del Brasil. Y bajo sus banderas figuraban nombres, como los siguientes, que constituían un elemento ilustrado y dirigente del pueblo y de la sociedad oriental: Juan F. Giró, Alejandro Chucarro, Francisco S. de Antuña, Carlos Anaya, José M. Platero, Juan J. Núñez, Juan Susviela, Cristóbal Salvañach, Bernardo P. Berro, José Ramírez, Javier Alvarez, Javier de Viana, Eduardo Acevedo, Ambrosio Velazco, Jaime Estrázulas, Francisco X. de Viana, los Espina, los Baena, los Lerena, los Lenguas, Jaime Illa y Viamonte, José M. de Roo, Pedro Pablo Olave, Carlos Joanicó, los Sienra, los Barreiro, los Aramburú, los de la Puente, Manuel M. Errasquín, Ignacio y Andrés Vázquez, Luis Maturana, los Pereira, los Moratorio, los Díaz, los Reissig, los Pérez, los García, los Aguirre, los Gadea, los Areta, los Reyes, los Larrañaga, los Arrúe, los Balparda, los Camusso, los Aréchaga, Diago, Blanco, Santurio, Villademoros y muchísimos apellidos como éstos”.

Es lo que dice Vd.: “Hacia el campo, sitiador, emigraron las más prestigiosas familias de Montevideo, a las que imitaron luego los elementos de la clase media, quedando dentro del recinto amura-

llado, unas pocas familias orientales y los esclavos de los emigrados, a los que se retuvo para engrosar las raleadas filas del ejército de la Defensa.

Triunfa Flores en el Uruguay como triunfa Urquiza en la Argentina, con el concurso extranjero, con la ayuda del Brasil y merced al cercenamiento de la Patria.

Oribe era, cuando ascendió a la Presidencia y alarmó a Rivera abriendo las puertas de la libertad y del derecho a los exilados lavallejistas, "el ciudadano más digno, y el más intrépido defensor de la Patria", según "El Estandarte Político". Según este mismo órgano de publicidad, la Asamblea General se componía de 34 electores y los 34 lo eligieron, por lo que en verdad más bien que nombrado, fué elegido por aclamación.

Se alza Rivera contra Oribe; y "en el momento de iniciarse la lucha fratricida, dice Eduardo Acevedo, no había en el ambiente nada que pudiera esgrimirse contra Oribe, nada sino la ambición personal de Rivera. El primer año de la Presidencia de Oribe, podía señalarse como ejemplo de acatamiento a las leyes, de respeto a todos los derechos y de asombrosa moralidad financiera".

Esa es la opinión de Eduardo Acevedo, y esta otra es la del Ministro inglés Hood, expresada en nota al Jefe del Gobierno inglés, Duque de Wellington: "El nuevo Gobierno desea vivamente olvidar pasadas ofensas, reconciliar a los descontentos de todos los partidos, y promover toda iniciativa que tienda a fomentar la prosperidad nacional". Eso era Oribe.

Pasa con los enemigos de Oribe en Uruguay, lo que — dice Ernesto Quesada —, pasó con los unitarios argentinos después de Caseros, y lo que está pasando con los enemigos de Herrera en estos momentos: "venían con el alma preñada de odio y de despecho, y explotaron la leyenda de la tiranía, para ejercer otra peor, pues bastaba que cualquiera fuera sindicado de no ser partidario del nuevo orden de cosas, para señalarlo a la execración pública con el mote denigrante de mazorquero, desatando en su contra las iras ciegas de la muchedumbre. Y como el grupo de la emigración (y los neo-emigrados, que se disfrazaron de tales), dominó la prensa, las Cámaras y el gobierno, a favor del desbarajuste del primer momento, el resultado ha sido que los que como ellos no pensaron, quedaron excluidos de la vida pública, sindicados como leprosos políticos; siendo mistificada audazmente la historia gracias a la prédica diaria, constante — terriblemente constante —, de una prensa que repetía con gravedad sacerdotal siempre la misma leyenda, hasta convertirla casi en historia, haciendo que las nuevas generaciones se educaran en los colegios aprendiendo en los libros, que a su vez repetían una cosa inconcusa, lo mismo que la prensa predicaba.

Todo esto — que es muy interesante —, Vd. lo desarrolla magistralmente en su libro. Viene él, pues, una vez más, a descorrer las tinieblas que para el pueblo tendieron sobre Oribe sus detractores. Su libro contribuirá a que las generaciones futuras tributen

al gran patricio, ese culto que Dracón, ya en el siglo VII, incluyó entre las obligaciones públicas consagradas por sus leyes. En este país y bajo el régimen oprobioso que desde la Guerra Grande viene destruyendo en unos casos y ocultando en otros cuanta documentación favorezca la buena fama de Oribe u oscurezca la de Rivera, exalte los valores del Partido Nacional, o desmerezca los del Partido Colorado, su libro, nuevo oráculo de Delfos, contribuirá a reivindicar la gloria y a propagar la verdad.

En su alegato, Oribe aparece lo que es: un héroe, no un mito; un patriota, no un traidor; un estadista, no un asno. Sus acciones no son leyendas, son realidades. El las llamaba "obligaciones", como Hércules consideraba "trabajos" sus hazañas. Es que fué héroe en el más amplio sentido de la palabra: en el de la patria, por cuyo honor, por cuya independencia y por cuyas libertades luchó desde 1812 hasta su muerte.

Tan patriota era que prefirió caer y ser vencido, a aceptar un concurso que retacearía o cercenaría el territorio nacional. Sus enemigos, los que habrían después, en casi una centuria de acumular sobre su vida cuanta injuria y calumnia les viniera bien, procederían a la inversa. Para subir y no ser vencidos entregarían media República al extranjero que les prestó su miserable concurso, del mismo modo hemos dicho que cuarenta años después, cuando la reivindicadora Revolución de Aparicio Saravia hacía temblar el trono colorado, volvería a ofrecer un nuevo desmembramiento, en cambio del menguado socorro pedido a los Estados Unidos.

Su amigo afectísimo, obligado y seguro servidor.

Avelino C. Brena.

ST. DE. Dn.-

RICARDO LEVENE.-

Melo 2134.-
Buenos Aires.-
Rep. Argentina.-



Rem: Avelino C. Brena.-Rambla Rep. de Chile 4459.-Montevideo.-